

CARLOS BLANCO

Doctor en Educación
Universidad de Carabobo
seminarion1@yahoo.es

EDITA DE NÓBREGA

Magíster en Administración de Empresas, mención: Mercadeo
Universidad de Carabobo
esdnc1974@hotmail.com

Recibido: 14/11/2014

Aceptado: 25/02/2015

Resumen

El presente trabajo es una reflexión acerca de la devaluación de la palabra en los actuales momentos. Es sabido, que en los últimos tiempos, en Venezuela existe una devaluación de la palabra que se traduce en una pérdida de los valores en el campo político, social, educativo y religioso, entre otros. Esta devaluación es más peligrosa que la devaluación del Bolívar, porque se encuentra relacionada con lo ontológico y los valores. Por consiguiente, en el país no se está pensando con la testa, ni con la racionalidad, sino que se utilizan las palabras como una especie de emocionalidad o peñasco dirigida a agredir al otro. Se ataca al mensajero y no al mensaje. Es perentorio retomar la senda del valor de las palabras y el dialogo como única salida que permita encarar los problemas de los seres humanos.

Palabras clave: devaluación, diálogo, libertad, valor, verdad.

THE DEVALUATION OF THE WORD

Abstract

This work constitutes an effort to initiate a sincere reflection on the devaluation of the word at the present times. As it is known, in recent times, in Venezuela there is a devaluation of the word which translates into a loss of values in the political, social, educational and religious fields, among others. This devaluation certainly is much more dangerous than the devaluation of the currency Bolivar because it is related to the ontological aspect and the values. As a consequence, in this country people is not thinking with the head or rationally, but the words are used as a kind of emotional bluff aimed at attacking the others. The messenger but not the message is attacked. It is therefore imperative to return to the path of the value of words and dialogue as the only way out that allows facing the problems of human beings.

Keywords: devaluation, dialogue, freedom, courage, truth

El valor de la palabra

La palabra es tan antigua como la historia de la humanidad. Por eso, la palabra hablada era la manera más antigua de contar historias. Puede decirse, que la historia de la humanidad comienza con la palabra. Según los griegos (2010) decían: “Que la palabra era divina y los filósofos elogiaban el silencio” (p. 51).

Por consiguiente, desde tiempos inmemoriales, los seres humanos contamos con el don de la palabra. El hombre piensa entonces con las palabras. Con ella se organizan y se estructuran distintas narraciones que son transmitidas de generación en generación como un legado cultural de los seres humanos.

El significado de las palabras puede tener diversas y variadas lecturas. Son como un arma con varios filos. Con ella se puede exaltar o destruir. Así mismo, con las palabras se pueden crear los más bellos sueños, pero también, pueden llegar a destruir todo lo que se encuentre a tu alrededor.

En múltiples oportunidades, a través de las palabras se han convencido, estimulado y persuadido a cientos de personas para cometer atrocidades y fechorías en el mundo como: descalificar, destruir, herir, maltratar, matar así como, también construir imperios del miedo y terror. Adicionalmente, se ha explotado de forma y de manera irracional el planeta tierra lo cual ha conducido a la alteración del cambio climático, así como el equilibrio y el de la naturaleza.

Adicionalmente, con las palabras son como un bálsamo del corazón en el cual se concilian intereses diversos, se cierran heridas, es camino hacia la paz, también puede invitar a la negociación y al

reencuentro. Por tanto, que con las palabras podemos alegrar a alguien y con palabras podemos llevarlo al desespero o a la desmotivación. Ellas pueden moldear las vidas de las personas y la vida de los demás.

Pérez (2004) sostiene:

Las palabras no hacen dioses: con ellas, podemos fortalecer la vida o asfixiarlas. Con las palabras podemos sacudir conciencias, animar, levantar, entusiasmar, provocar ganas de arriesgarse a vivir en lo hondo o podemos desanimar, aplastar, destruir, seducir para hacer de la vida un suceso trivial y sin sentido. (p. 20)

En base a lo anterior, las palabras tienen un gran poder en los hombres y mujeres. Con las palabras se pueden hacer reír, o llorar, amar y odiar, estimular y desanimar, levantar o hundir. Una palabra, sin duda, puede ser una caricia o una bofetada. En suma, con las palabras se puede dar vida o morir.

Por ello, en la Biblia, el apóstol Juan (cap.1) dice: “En un principio era la palabra y la palabra estaba ante Dios, y la palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio” (p. 164).

En este sentido, en cada una de las palabras de Dios, sus acciones eran por lo tanto, respaldadas mediante el ejemplo. Predicaba con sus palabras. Practicó como nadie la pedagogía del testimonio, la pedagogía de la creatividad, la pedagogía de la reflexión y la pregunta. De lo planteado, se puede entender que una imagen vale más que mil palabras. Y que la mejor manera de convencer era mediante el ejemplo. Por consiguiente, existía una comunión entre lo que decía y lo que hacía.

De allí que su técnica instrumental eran sus propias palabras, sus gestos y su pensamiento. Su pe-

dagogía era su historia y la manera como abría las ventanas de la inteligencia de sus discípulos. Despertaba la sed de conocimiento entre sus allegados. Informaba poco, sin embargo, educaba mucho. Era muy parco en el hablar, diciendo mucho con sus pocas palabras. Era de la idea, que en vez de tener admiradores lo que necesitaba era seguidores que a través de su palabra se convirtieran en “pescadores de hombres”. Como herramientas para la transformación del mundo, comenzando de adentro hacia afuera.

Por otra parte, los grandes genocidios que se han producido en el planeta, comenzaron con palabras altisonantes, insultos y descalificaciones verbales hacia las personas que pensaban de un modo diferente o las cuales tenían una posición contraria o distinta. Ejemplos sobran en la historia. Países como Alemania, Rusia, Italia, y otros países colonizadores del viejo continente son una muestra de la deshumanización verbal que se sucedieron y que se continúan dando en distintos espacios del mundo.

De hecho, categorías o palabras como: cerdos, escualidos, esclavos, lacayos, ratas, gusano, hiena, traidores, apátridas, agentes del imperialismo, fascismo, derecha fascista, terrorista, entre otros, constituyen un conjunto de epítetos que cercenan e impiden la comunicación entre los seres humanos. Por ende, nunca habrá concordia, ni paz si se siguen introduciendo agresiones, además, si se coacciona a las personas con amenazas las cuales buscan menoscabar y reducir al silencio simplemente por tener una postura distinta.

En base a lo expuesto, las palabras tienen entonces un gran poder a veces son más fuertes que los gol-

pes o maltratos físicos. Quien ofende y maltrata se degrada como persona. En los últimos años en Venezuela ha imperado la cultura de la violencia verbal y física en los más diversos órdenes. (En lo cotidiano, en lo político, en lo social y en lo religioso).

Según Cury(2003): “Cuando se pierde la esperanza es como perder el sentido de la vida. Es como un cielo sin estrella o un mar sin arena o de una montaña sin rocío, seca y árida” (p. 36)

En función de lo planteado, hay personas en la vida que no saben comunicarse, sino es a través de la agresión, el insulto y el maltrato. Existe una sentencia bíblica que señala: “por tus palabras serás salvado y por tus palabras serás condenado” (Mateo 12, p.22). Esto revela, el poder mágico que tienen las palabras.

A manera de ejemplo, en los distintos discursos escritos y orales de la sociedad Venezolana, existe una exagerada agresividad en el contenido con que se dirigen los mensajes hacia el otro. No hay duda, que quien ofende se degrada como ser humano. En todo caso, puede inferirse, que el valiente no es la persona que amenaza y maltrata, sino aquel que es capaz de domeñar su agresividad, no se deja arrastrar por la ira, la soberbia y por ende, no se deja arrastrar por la conducta de los que los ofenden.

De esta perspectiva, el país marcha como una paradoja, en vez de ser un espacio para la concordia, el diálogo y la reconciliación, se ha convertido en un escenario para la diatriba política, la pelea, la trapisonda, entre otros. Con frecuencia, en este país se usa la testa para embestir y no para pensar.

La palabra es una especie de piedra para atacar, golpear y maltratar al otro.

De manera, que el país, se ha convertido en un lugar, donde se colocan barreras, muros; en vez de seguir el mandato de Jesús que dice: “amaos los unos a otros”, lo que ocurre en la práctica diaria es: peleaos, los unos a otros. De allí que algunos conocedores de la materia consideran que la sociedad Venezolana se encuentra altamente fracturada y polarizada. En ella, existen dos (2) polos. Estos polos tienen cada uno un modelo y una visión distinta de cómo conciben al país. En la mayoría de los casos, sus posturas se tornan contrarias e irreconciliables y por ende, han impedido la posibilidad del encuentro y la negociación.

Curiosamente, este proceso de segregación en la última década, se ha ido profundizando y en el cual tiene mucha responsabilidad el Estado Venezolano. Pues, desde las alturas del poder, se ha instrumentalizado un tipo de estrategia que de una u otra forma ha venido permeando a los distintos estratos de la sociedad.

En algunas oportunidades, la polarización ha estado ganando terreno, pues ha sido el gobierno de turno, quien ha distraído a la opinión pública mediante conceptos banales, ideas cositeras, en dimes y diretes para de esta manera, soslayar los principales problemas que está padeciendo la sociedad en general. No obstante, la colectividad ha venido tomado conciencia de la realidad.

Con frecuencia, se escucha montones de palabras huecas, muertas, frías, sin fuerza, ni contenido, cubiertas en su interior de falsedades y mentiras. Por eso, no hay peor esclavitud que la mentira. Cuando la persona miente, siente en su conciencia

una especie juez que le reclama y le recrimina por haber actuado de forma aviesa. Además, que el individuo que miente, se encuentra con el temor de pueda ser descubierto. De allí, que mejor política es decir la verdad, cueste lo que cueste.

En este sentido, se observan cientos de palabras que se dicen sin el menor respeto hacia los demás, pero solo las dicen, de seguro para salir del paso, para tratar de confundir y al mismo tiempo, para ganar tiempo, para ocultar y sacudirse de su propia responsabilidad sobre los grandes problemas que agobian a los Venezolanos y que reclaman acciones efectivas para su solución.

Por otra parte, Sábato (2004) dijo: “He deplorado la pérdida del valor de la palabra y se añoran los tiempos en que la gente eran hombres y mujeres de palabra. Que respondían por ellas y por cada una de sus acciones” (p. 45)

Derivado de lo antes planteado, la palabra de una persona valía más que cualquier documento jurídico o notariado elaborado por un abogado. Cuando una persona daba su palabra eso era como una especie de testamento, un compromiso, era algo que se cumplía contra viento y marea. Honraba su palabra. ¡Qué lejos quedan aquellos tiempos en que las palabras merecían respeto!. Todavía en algunos países del mundo la palabra sigue siendo un compromiso o un pacto de caballeros por medio de la cual se rigen las relaciones personales, comerciales, económicas entre los países.

No obstante, en Venezuela se está produciendo una grave devaluación de la palabra. Como su nombre lo indica, esta devaluación es más profunda que la devaluación que vive la moneda del

país, es decir, el Bolívar. En los actuales momentos, con todo dolor esta moneda, la cual fue orgullo de todos los venezolanos, vale muy poco, frente a otras monedas del mundo.

Obviamente, se trata de la devaluación de la ética, la política y los valores, donde hay un relativismo ético; donde cada quien decide que es lo bueno y que es lo malo, además, que el mundo se ha convertido en un gran mercado donde todo se ha reducido a comprar y consumir, en donde la felicidad se reduce a comprar bienes y llenarnos de cosas, es decir, en una mera mercancía. En adición, se valora a las personas por lo que tienen y no por lo que son. Vales lo que tienes, sino posees nada, entonces, no vales de seguro nada, no eres nadie, no cuentas para nada. Así de sencillo es la realidad.

Por las razones antes planteadas, se requiere recuperar el valor de la palabra, aprender a hablar y escuchar palabras verdaderas encarnadas mediante el ejemplo. Martí (2011) decía con mucha regularidad lo siguiente: “El mejor modo de decir es hacer” y en sintonía con lo anterior, existe la sentencia que expresa: “Obras son amores y no buenas razones” (p. 111)

Las palabras toman carne y cuerpo cuando van en coincidencia con los hechos. Recuerdo ahora aquella expresión: “De que las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran”. Por consiguiente, la importancia para los seres humanos de cultivar palabras que sirvan de estímulos, bálsamos de reflexión que le den valor, esperanza y que provoquen en los seres humanos deseos y ganas de vivir así como de enfrentar las veleidades que se presentan ante la vida. En definitiva: “las palabras

son antorchas que hay que encender”.

Aprender a escuchar

En Venezuela se habla mucho y se escucha muy poco. Algunos dicen que: Los Venezolanos hablamos hasta por los codos. Ya anteriormente Lincoln (2011) considera: “Habla tan solo cuando estés seguro de que tu palabra es más importante que el silencio” (p. 112).

De lo antes planteado, refleja que solo una persona, debe hablar, cuando tengas algo importante que decir y opinar. Por ende, si te manejas con prudencia al hablar, de seguro, que te ahorrarás muchos inconvenientes en la práctica de la vida.

Por otro lado, hay personas que se pasan toda la vida corrigiendo las actuaciones de los demás. Estas personas se convierten en unos verdaderos tiranos o verdugos que andan censurando la conducta de los demás y al propio tiempo, censurándose a sí mismos. Además, que suelen ser personas inescrupulosas y enfermizas. Porque son rígidos consigo misma y con los demás.

Cury (2001) plantea: “Que las personas que viven bajo la dictadura del prejuicio no solo pueden violar los derechos de los demás y atar sus desempeños intelectuales, sino que también pueden herir sus propias emociones y experimentar motivos de angustia. Se vuelven implacables y radicales contra sus propios errores. Están siempre castigándose y exigiéndose un perfeccionamiento inalcanzable” (p. 80). Ya antes en alguna oportunidad Diderot (2011: p.109) señala: “El que habla de los defectos de los demás, con los demás, hablará de los tuyos” (p. 109).

Por ello, hasta los verdaderos santos suelen ser

personas que se reconocen como pecadores y que cometen una serie de faltas, errores y omisiones. Solo quién reconoce y acepta sus debilidades entiende que necesita la comprensión, el perdón, y el aprecio de los demás. Nadie es perfecto. Todos cometemos errores.

En otra oportunidad, Hemingway (2011) sostuvo: “Se necesitan dos (2) años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar y además, tenemos dos (2) orejas para escuchar y una boca para hablar” (p. 112).

Resulta obvio, que se requiere de poco tiempo para aprender a hablar. Basta con ver el ejemplo de los niños que necesitan de dos años para aprender a pronunciar sus primeras palabras. De modo, que a medida en que se van haciendo jóvenes y adultos, hablan sin parar. Por lo tanto, solo dejan de hablar, solo cuando le sobreviene una enfermedad o aparece la muerte.

Con relación a que el individuo posee dos orejas y una boca. Cabe destacar, que tenemos la imperiosa necesidad de escuchar el doble lo que hablamos. No obstante, en la práctica diaria se encuentran personas que hablan demasiado e intentan convertirse en el centro de atracción de cualquier conversación.

En algunos casos son comparables con lo que ocurre con las personas que ingieren licor en una fiesta, las cuales hablan y hablan y no dejan hablar a los demás e intentan ser el epicentro de la discusión planteada. Sin embargo, cuando pasa el efecto del licor, la resaca y se encuentran en su sano juicio, ni siquiera se atreven a pronunciar algunas palabras.

Cabe puntualizar, que la palabra escuchar viene de

la palabra auscultare que denota “atención”. Concentración para comprender y entender a los demás. Es prestar ayuda. De allí la urgente necesidad de escuchar lo que piensa y desea la gente. Que digan lo que sienten, como se sienten, que espera de los demás y de nosotros. No con la intención de juzgarlos, ni descalificarlos, ni de convertirnos en jueces de las acciones de las demás personas. Recuerdo las palabras de Juan (12) que sostenía: “Al que escucha mi Palabra pero no la obedeces, no seré yo quien lo condene, porque yo no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo” (p. 194)

Por consiguiente, se debe escuchar antes de diagnosticar, de opinar y descalificar. Escuchar es mucho más profundo que oír, esto supone entender las palabras, gestos, dolores, los silencios de las personas con un corazón abierto, sincero y desprejuiciado. Por ende, cuando uno escucha y no juzga, se está en la condición de dialogar, es decir, que no tiene el monopolio de la verdad y que la verdad impuesta no se identifica ni es sinónimo de libertad.

De acuerdo con Pérez (2013) dio a conocer el testimonio de un paciente que escribió una carta:

Caminaba un día con mi padre, cuando él se detuvo en una curva y después de un breve silencio, pregunto: Además, del canto de los pájaros, del susurro de la brisa. ¿Escuchas algo más? Agudice mis oídos y algunos segundos y entonces le respondí: Si estoy escuchando el ruido de una carreta. En efecto dijo mi padre y es sin duda una carreta vacía. Me sorprendió su seguridad y de pronto le pregunté intrigado: Como sabes que es una carreta vacía. Si todavía no hemos tenido la oportunidad de verla. Porque mete mucho ruido. Respondió mi padre. Por ello, cuanto más vacía esta la carreta, es mayor y más fuerte el ruido que hace. Me convertí en adulto y cuando veo y escucho a una persona que habla demasiado, que intenta acaparar la pa-

labra, que parece regodearse en el encanto de su verbo, entonces me acuerdo siempre de las palabras de mi padre: Cuanto más vacía esta la carreta, mayor es el ruido que hace y produce. (p. 8)

De lo antes planteado, es imprescindible aprender a cultivar el silencio para callarnos. Solo de esta manera se podrá escuchar al otro distinto si no, nos callamos. Es mucho más difícil aprender a callarse que aprender a hablar y escuchar.

Dentro de este contexto, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación se han convertido en un instrumento para la comunicación. A través de ello, se emiten un sin número de mensajes. Se envían textos, twitter, facebook, teléfonos inteligentes, redes sociales en los cuales se establecen relaciones con las personas que se encuentran distantes o lejos geográficamente de nosotros. Esto es loable y replicable. No obstante, somos incapaces de establecer comunicación con aquellos que están a nuestro lado o viven en nuestras casas. En muchas ocasiones, ni siquiera nos comunicamos, con nuestros compañeros de trabajo, familiares y hasta con nuestros propios vecinos.

Según Cury (2005): “Nunca hubo una generación como la nuestra, que tiene tanto acceso a las diversas formas de entretenimiento, sin embargo, desconoce como ninguna otra la soledad, la ansiedad y la insatisfacción” (p. 222). En base a lo anterior, a pesar de los múltiples avances que se han producido en materia de nuevas tecnologías de información y la comunicación con que cuenta el mundo para integrarse y relacionarse, se han generado otras manifestaciones de incomunicación como por ejemplo: individuos ensimismados, pérdida de contacto humano o predominio de superfi-

cialidades que progresivamente invisibilizan a la persona. No obstante, lo que ocurre es que cada vez los seres humanos viven más aislados y prisioneros de una cárcel de soledad, al parecer autoimpuesta como síntoma de los actuales tiempos. Por las razones antes expuestas, una de las más graves enfermedades que padece la humanidad en esta década del siglo XXI, la constituye la soledad. Cada día, la gente se siente más desamparada y sola. Cientos de miles de personas en distintos lugares del planeta, desde los pequeños, jóvenes, adultos y hasta las personas de la tercera edad reclaman ser atendidos y tomados en cuenta.

En base a lo anterior, se hace necesario recuperar el sentido de escuchar y de la comunicación. Empero, no se trata, de una comunicación como un saludo a la bandera, sino de una comunicación que estimule una comunicación que sea verdadera entre los seres humanos. Esto constituye una tarea pendiente.

El diálogo es la única salida

El país atraviesa una crisis política económica educativa y social de enormes dimensiones. La nación se encuentra sumida en una inquietante polarización. La polarización no es un fenómeno nuevo, sino que se ha venido cultivado durante varios años desde el poder. La polarización se ha convertido en instrumento para hacer política con p minúscula. Ella se expresa en un mismo país con una misma bandera, con un mismo himno nacional. Sin embargo, se conviven dos (2) Venezuelas o países con posiciones distintas e irreconciliables.

Ahora bien, en los últimos tiempos, se ha insistido

mucho en el diálogo. Nunca antes, con tanta vehemencia se habla de la necesidad del diálogo entre los Venezolanos. Distintos sectores de la sociedad demandan y reclaman por un diálogo que permita encarar los graves problemas que sufre el país. Por ende, la palabra diálogo se convierte en una necesidad impostergable.

En efecto, el diálogo procede del latín *dialogus* y del griego *diálogos*, que traduce como discurso (logos) entre (día) personas. Por eso, el diálogo, por ende, significa el establecimiento de una comunicación o conversación alternativa con el otro. Su acepción tiene como referentes históricos la antigua Grecia, el pensamiento helenístico, la ilustración, la modernidad, postmodernidad, la diversidad, la complejidad, la globalización, el pluralismo, entre otros.

De lo anterior, el diálogo en su más amplio sentido de la palabra significa que se trata de una forma oral y escrita en la que se comunican dos o más personajes en un intercambio de información entre sí. El diálogo como intercambio de opiniones, se encuentra vinculado con la consecución de acuerdos y compromisos entre las partes

Martínez (2009) sostiene: “El diálogo es el método dialógico; es a través del encuentro, permite lograr un alto nivel de empatía” (pp. 145-146) El diálogo no es un ring de boxeo o una gallera donde se reúne la gente para ver la pelea entre los contrincantes. El diálogo no es una fotografía. El diálogo es contrario a la violencia.

En este sentido, cuando no se dialoga entonces aparece la violencia. La violencia es la ausencia de pensamiento racional. Es similar a lo que ocurre con la ley de Talión (ojo por ojo y diente por

diente). El resultado es que todos nos quedamos sin ojos. Cuando se impone la violencia, uno sabe cuándo se inicia, pero no se tiene ni la más remota idea cuando termina. Con la violencia de ninguna forma nadie gana. Por el contrario, todos perdemos.

Ante esta situación, hay que apostar al diálogo. Cueste lo que cueste. Hasta en las guerras hay diálogo. Según Bolívar (1812) sostenía: “Que dios concede la victoria a la constancia” (p. s/n). Existe una máxima popular que reza: Hablando se entiende la gente y la esperanza se construye entre todos.

También, Freire (1977), expresa que es necesario que: “enseñemos a los alumnos a decir sus propias palabras y por lo general, a escuchar sin ira, ni mala sospecha las palabras distintas a las suyas” (p. 54). Siempre es necesario escuchar las opiniones de los que piensan diferente o están ubicados en posiciones contrarias. Esto permite enriquecer y completar la percepción de la realidad.

Por otro lado, surge la categoría empatía que constituye el proceso mediante el cual una persona es capaz de colocarse de forma imaginariamente en el rol y en los zapatos de los demás, con la finalidad de entender e interpretar sus emociones, actitudes, ideas, conceptos, así como sus puntos de vistas de los demás, en determinadas situaciones de su vida particular y general.

Por su parte, el Papa Francisco (2013) señaló: “Dialogar es reconocer que no tengo la verdad, que mis ideas pueden y deben ser constatadas con las de otros; además, que mis ideas pueden transformarse y enriquecerse al oír opiniones e ideas de

otros. Por eso, dialogar es entonces intercambiar”. En palabras de Machado dice: “Tu verdad no, la verdad ven conmigo a buscarla” (p.25).

El Papa Mario Bergoglio invita al diálogo a crear espacios o encuentros fundados en la verdad. Esto recibe el nombre de diálogo ético. No se trata, de un simulacro, una especie de conferencia entre acólitas y aliados para entonces confundir a quienes se encuentran excluidos, marginados, perseguidos, encarcelados por predicar la verdad y reclamar derechos económicos, sociales y políticos consagrados en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999).

De igual manera, el Pontífice Giuseppe Roncalli conocido Juan XXIII, en su tiempo hablaba del diálogo (1960) decía: “El diálogo fecundo permite ver más claro, para descubrir nuevos significados” (p. 32).

Dentro de este contexto, el diálogo constituye una necesidad impostergable en la sociedad venezolana. Pareciera una cuestión de Perogrullo; pero para cualquier intento de diálogo se requiere de unas series de condiciones o reglas de juego claras: en primer término, el establecimiento de una agenda conjunta aprobada por las partes. Elaborar una tabla de contenido donde las partes se pongan de acuerdo en los temas o tópicos que desean debatir; en segundo término, se necesitan los dialogantes o las partes, es decir, los representantes de cada una de las partes en conflicto o discusión; en tercer término, se requiere de un escenario o lugar que sea convenido por las partes en disenso, por prudencia, siempre el lugar debe ser de equilibrio o neutral; en cuarto término: la mediación, los buenos oficiantes, personalidades o testigos que pue-

dan contribuir que puedan de una u otra forma orientar la discusión, la moderación, así como los encargados de hacer seguimiento de los consensos necesarios obtenidos en las discusiones y en el debate.

Todo lo anterior, para que contribuya al clima de entendimiento en el país; en quinto lugar, un acta de los acuerdos logrados en las discusiones contando con las rúbrica de los participantes, sin excepción. Con el fin de evitar confusiones y malos entendidos entre los participantes. Reza la sabiduría popular que dice: “Las palabras se las lleva el viento”.

En fin de cuentas, el diálogo no es una caricatura o simulacro. El diálogo no es por lo tanto, un signo de debilidad. Quien tiene el poder debe entonces, dar el primer paso para iniciar la conversación. No obstante, en la práctica cotidiana, el diálogo ha sido sustituido en múltiples oportunidades por el monólogo.

Un verdadero diálogo, no se identifica, ni representa ser sinónimo de monólogo. El monólogo es contrario al diálogo fecundo, franco y sincero. El que se cree que posee y además, tiene la verdad no dialoga, sino que la impone. Por ello, una verdad impuesta por la fuerza deja de ser verdad.

Por consiguiente, en Venezuela es necesario rescatar el diálogo entre los venezolanos por muy duras que sean las circunstancias. No hay rosas sin espinas. Hasta en las guerras se dialoga. Quien dijo que para restablecer el diálogo es una cosa sencilla. Solo basta que exista la voluntad política entre los dialogantes. Sin diálogo se va al precipicio. Sin diálogo no puede haber paz. La paz es

respeto a las opiniones de las demás personas.

En pocas palabras, el diálogo es apertura y comunicación entre los participantes, en cambio el monólogo es la opinión de una sola voz. Gadamer (1984), Que el diálogo en múltiples y variadas ocasiones puede haberse convertido frecuentemente en un gran monólogo. Donde cada quién cree que tiene la verdad de las cosas y de esa trincheras, nadie es capaz de ceder para ir en búsqueda del encuentro. Y de abandonar la postura extremista.

En base a lo anterior, para desarrollar un diálogo fecundo y sincero requiere de unas series de condiciones: entender que el diálogo es humildad. Esto representa que nadie tiene el monopolio de la verdad. Que el diálogo significa que hay que tener una actitud desprejuiciada con la otra persona. Para Martínez(2006): “el diálogo es apertura y pone en suspenso el asunto con todas sus posibilidades. En suma, el diálogo es una oportunidad de ser puente de comunicación y encuentro” (p. 108). De lo expuesto, permite recordar la historia del Monje Perfecto de Pérez (2010) Quién decía:

Había una vez un monje que en todo buscaba la perfección: No soportaba el menor desatino en los canticos religiosos, una arruga en la ropa, un plato mal lavado, una palabra mal dicha, un error o equivocación, por insignificante que fuera. Le resultaba intolerable si algún compañero bostezaba en los oficios religiosos o si veía una mota de polvo en los bancos de la iglesia. Sufría mucho con sus compañeros en el monasterio por considerarlos mediocres y convencido de que allí no le iba a ser posible encontrar la perfección, pidió permiso al abad para irse a vivir completamente solo. Se llevó lo imprescindible. Algunas ropas, sus libros de rezos y un cántaro para agarrar agua del río. Eligió para su morada un lugar muy bello, pasó la noche en absoluta oración y cuando irradió el amanecer y se despertaron los pájaros y las flores, pensó que allí, si por fin, encontraría la perfección y con ella la paz de su espíritu. A media

mañana tuvo sed, fue al río a buscar agua y al cargar el cántaro se le derramo un poco. No acepto esa mínima imperfección, arrojó el agua con despecho y se le mojaron y embarraron los pies con el polvo acumulado del camino. Volvió a agarrar agua de nuevo y otra vez se le volvió a derramar. Repitió la operación inquieta y la tercera vez, lleno de cólera, arrojó con ira el cántaro contra el suelo y lo quebró. Dijo la causa de mi cólera no está en los demás, se dijo a sí mismo al rato cuando comenzó a calmarse: “El enemigo está aquí adentro”. Luego, regreso al monasterio, pidió perdón y desde aquel día comenzó a ver con ojos comprensivos y cariñosos a sus compañeros. (p. 160)

De lo antes planteado, el diálogo es el lenguaje que requiere de los actores una gran sensibilidad espiritual, es decir, tener un corazón abierto. Por ello, hace falta mucha calidad humana para no quedarse enganchado en lo superficial y trivial. Hay que mirar aquello que se encuentra detrás de lo banal.

Pérez (2015) señala: “Hay un proverbio oriental que dice: Si miras un árbol y solo ves un árbol, no sabes observar. Si miras un árbol y ves el misterio, eres un buen observador” (p. 8).

Es obvio, que es necesario y ver más allá de las apariencias, de las cosas superfluas en las cuales mucho tratan de ocultar y de esconder la realidad. Por ello, el diálogo es una disposición abierta y franca de comprender y entender al otro. Es mirarlo desde lo adentro, desde el corazón, sin ningún intento de agresión ni maltratar. Una cosa es dialogar y la otra cosa es oír. Cuando se dialoga existe apertura, en cambio cuando se oye con frecuencia se trata de responder al otro, lo que nos ha dicho. Todo lo anterior, con el afán de ganar y demostrar que se tiene la razón. En consecuencia, el diálogo se convierte en una disputa de quién gana o quien tiene la razón.

Ahora bien, es necesario conocer la opinión del otro; no para desacreditarlo, ni desprestigiarlo, sino para conocer realmente que piensa sobre una determinada realidad planteada y al propio tiempo, nos permite lograr ampliar los significados de las cosas y así como tener distintos puntos de vista sobre los hechos. La práctica es poliédrica, es decir, que cuenta con múltiples caras.

Recuérdese que cada uno de los seres humanos ha nacido y crecido en contexto particular y distinto al otro, lo cual lleva al resultado de la construcción de unas creencias, paradigmas y valores. Dando lugar a tener y poseer una educación y una formación con características muy propias y particulares.

En todo caso, el diálogo implica tener una disposición de tolerancia hacia los demás. Cuando uno habla, uno no aprende nada, solo; se está en disposición de aprender, cuando uno dialoga y escucha a los demás; entonces uno aprende. De allí, aquella expresión que dice: “Que el arte del buen hablar, está en saber escuchar”. En el diálogo es prudente tender puentes, entendido como la manera de lograr un encuentro sincero entre los pares y también entre las partes envueltas en un conflicto.

A manera de conclusión

Tomando en cuenta lo planteado, las palabras no se las lleva el viento. Ellas dejan huellas, que pueden sacudir conciencias. Ellas pueden fortalecer la vida o asfixiarla. Así mismo, pueden ser una caricia o una bofetada. En resumen, con las palabras se puede hacer mucho bien; sin embargo, se puede hacer mucho mal. Con las palabras, se pueden decir, muchas verdades. Jesús decía: “La verdad los hará libres”. No obstante, también se pueden men-

tir. Por ello, no hay peor esclavitud que la mentira. Sin embargo, en los últimos tiempos, hay una pérdida del valor y el sentido de la palabra. En alguna oportunidad en el país, la palabra era una especie de documento público. Era un compromiso entre las personas.

En Venezuela se observa una gran devaluación en la palabra. Ésta devaluación es superior a la devaluación del Bolívar. Esta se expresa en una pérdida de lo ontológico, los valores, en el relativismo ético, en el consumismo exagerado, en el valorar a las personas por la cantidad de bienes materiales que posee y no por lo que es realmente.

La mejor manera de recuperar el significado de la palabra es mediante el ejemplo. Martí (1894) decía: “La mejor manera de decir es hacer” (p. 96). Además, la sabiduría popular reza: “Que las obras son amores y no buenas razones”.

Por otra parte, diversos sectores de la sociedad venezolana demanda un dialogo sincero en igualdad de condiciones entre los venezolanos. No es una dialogo de cúpulas o élites. Para nadie es un secreto, que Venezuela, atraviesa una crisis política, educativa, económica, sociales, de colosales dimensiones, muy pocas veces vista en la historia Republicana.

En base a lo anterior, el pueblo pide a gritos el diálogo. La gente es sabia y sabe que solo habrá trabajo digno, calidad de vida, educación de calidad, desarrollo urbano, movilidad social, superación de la intolerancia y de la violencia, seguridad para todos; si existe un Estado que sea capaz de entender que este país no es de nadie en particular, ni constituye una parcela propia, sino que nos per-

tenece a todos. Por ende, la clave está en el diálogo.

Todo el panorama descrito, permite advertir la urgencia de diálogo, específicamente, en nuestra convulsa realidad social y política. Es necesario que se comprenda el respeto a la propiedad de los particulares así como de la empresa privada como fuente de generación de empleo y de riqueza para las mayorías. Además, que el gobierno debe dejar a un lado la excesiva manipulación de las instituciones públicas, es decir, que los poderes públicos cuenten con autonomía e independencia; desarmar a los grupos violentos, conocidos como colectivos, que son los encargados de contener las protestas; declarar una amnistía de los presos por razones políticas; detener la criminalización de la protesta estudiantil; permitir la libertad de información a los medios de comunicación; respeto hacia los derechos humanos; nombrar una mediación para que actúe como árbitro en la controversia de la crisis que vive el país. Esto representa una necesidad imprescindible para desarrollar el diálogo.

En definitiva, si seguimos enfrentados, divididos y de espaldas unos con otros; entonces, se estará condenado al fracaso. Por ello, Newton (1672) decía: “Los humanos construimos demasiados muros y no suficientes puentes”(p. s/n). Igualmente, Mendoza (2010) citado por Mieres (2014) plantea: “Que cuando cesan las palabras, solo triunfa la muerte” (p. 87).

Referencias

- Cárdenas, A. (1996). Plan de Acción. *Aula Abierta*. Año I. Caracas: Editorial San Pablo
- Cordeiro, J. (2000). *Benzuela vs Venezuela*. Caracas: Editorial CEDICE.
- Cordeiro, J. (2007). *El desafío Latinoamericano*. Colombia:

Editorial Mc Graw Hill.

Cury, A. (2005). *El Maestro de los Maestros*. Bogotá: Editorial Paulinas.

Cury, A. (2007). *Nunca renuncies a tus sueños*. Barcelona, España: Editorial Planeta.

Delors, J. (1966). *La Educación encierra un Tesoro*. Madrid: Santillana.

Fernández, R. (2005). *Simón Rodríguez*. Caracas: Editorial El Nacional.

Martínez, M. (1989). *Comportamiento humano*. México: Editorial Trillas.

Martínez, M. (2009). *Nuevos paradigmas en la investigación*. Caracas: Editorial Alfa.

Mires, F. (2014). *Ética y política*. Madrid: Prodivinci.

Morín, E., Ciurana, E., Motta, R. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Newton, I. (1672). *Filosofía de la Ciencia*.

Pérez, A. (1997). *Más y mejor educación*. Caracas: Editorial San Pablo.

Pérez, A. (2004). *Educación para humanizar*. Caracas: Editora Estudios.

Pérez, A. (2006). *Jesús, maestro y pedagogo*. Caracas: Editorial San Pablo.

Pérez, A. (2010). *Educación integral de calidad*. Caracas: Editorial San Pablo.

Pérez, A. (2010). *Cultivar valores con el Padre nuestro*. Caracas: Estudios Fe y Alegría.

Pérez, A. (2013). *Ecología de la palabra*. Caracas: Documento Mimeografiado

Rodríguez, S. (1975). *Simón Rodríguez. Obras Completas*. Tomo I, II. Caracas: Editorial Dinámica y Siembra.

Cordeiro, J. (2007). *El desafío Latinoamericano*. Colombia: Editorial Mc Graw Hill.

Cury, A. (2005). *El Maestro de los Maestros*. Bogotá: Editorial Paulinas.

Cury, A. (2007). *Nunca renuncies a tus sueños*. Barcelona, España: Editorial Planeta.

Delors, J. (1966). *La Educación encierra un Tesoro*. Madrid: Santillana.

Fernández, R. (2005). *Simón Rodríguez*. Caracas: Editorial El Nacional.

Martínez, M. (1989). *Comportamiento humano*. México: Editorial Trillas.

Martínez, M. (2009). *Nuevos paradigmas en la investigación*. Caracas: Editorial Alfa.

Mires, F. (2014). *Ética y política*. Madrid: Prodivinci.

Morín, E., Ciurana, E., Motta, R. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Newton, I. (1672). *Filosofía de la Ciencia*.

Pérez, A. (1997). *Más y mejor educación*. Caracas: Editorial San Pablo.

Pérez, A. (2004). *Educación para humanizar*. Caracas: Editora Estudios.

Pérez, A. (2006). *Jesús, maestro y pedagogo*. Caracas: Editorial San Pablo.

Pérez, A. (2010). *Educación integral de calidad*. Caracas: Editorial San Pablo.

Pérez, A. (2010). *Cultivar valores con el Padre nuestro*. Caracas: Estudios Fe y Alegría.

Pérez, A. (2013). *Ecología de la palabra*. Caracas: Documento Mimeografiado

Rodríguez, S. (1975). *Simón Rodríguez. Obras Completas*. Tomo I, II. Caracas: Editorial Dinámica y Siembra.